

Año: XXXV, 1994 No. 809

N.D. Luis Enrique Pérez es licenciado en filosofía, empresario, periodista y catedrático universitario de filosofía. Escribe dos veces a la semana en **Prensa Libre**, el periódico de mayor circulación, en Guatemala. Aparece semanalmente en la sección Opinión Invitada del noticiero guatemalteco de televisión **Sin Censura**. Es miembro del grupo de analistas de la **Agencia Internacional de Prensa Económica (AIPE)**. Es un gran defensor de la libertad y en general de los principios de un mercado libre.

Este artículo trata precisamente del mercado (libre). El hecho que no exista un sólo país donde se pueda apreciar toda la pureza del sistema de mercado no significa que no se debe de luchar por alcanzar dicha meta. Todos estaremos mucho mejor tratando de llegar a esa situación que **Luis Enrique** denomina, **La Utopía de la Esperanza** que si nos damos por vencidos y escogemos otras opciones. El mercado está ahí, no se ha inventado, sólo se ha descubierto y la intervención del gobierno sólo nos ha alejado de esa natural condición del hombre, teniendo como consecuencia mayor pobreza para los países que más se han apartado. Si queremos progresar y en general mejorar el nivel de vida de todos debemos tratar de acercarnos lo más posible al único sistema que automáticamente potencializa la riqueza, el sistema de mercado.

El Mercado, la utopía de la esperanza

Por Luis Enrique Pérez

Cuéntese que un padre de familia encontró a su hijo en el momento en que trazaba líneas extraordinariamente torcidas. «¿Qué clase de líneas son esas?», preguntó el padre. «Son líneas rectas», contestó el hijo. «No parecen líneas rectas, ni creo que tu propósito sea hacer líneas rectas», comentó el padre, «Mi maestro dice que es imposible trazar una línea recta perfecta. Y si es imposible, no hay razón para intentar trazar líneas rectas. Por eso, yo trazo las líneas tan torcidas como sea posible», respondió el hijo. Empero, no termina aquí esta extraña historia. Cuenta la leyenda que el padre llevó a su hijo a un campo maravillosamente plano, y le señaló un bosque distante. «Corre hasta aquel bosque. Luego regresas, y repites la carrera por lo menos diez veces». Desde la primera vez, el hijo corrió tratando de que su ruta fuese tan recta como fuese posible. Entonces el padre lo llamó y le dijo que tenía que correr tratando de que su ruta fuese tan torcida como fuese posible. El hijo le respondió que, si recorría una ruta torcida, se cansaría más. «Mientras más próxima sea la ruta a una línea recta, más corta será la distancia», argumentó el hijo. Entonces el padre le respondió en estos términos: «Es imposible recorrer una ruta perfectamente recta. Por esto, tienes que recorrer una ruta tan torcida como sea posible, y cansarte tanto como puedas». El hijo, sin embargo, no era precisamente un idiota. «Padre, he comprendido la lección. Una vez que sabemos cuál es lo mejor, tenemos que tratar de alcanzarlo, aunque sea imposible».

Desde hace milenios el ser humano ha meditado acerca de la mejor forma de Organizar a la sociedad. Uno de los más notables productos de esas meditaciones han sido las utopías sociales. La palabra «utopía», de origen griego, significa «sin

lugar»; pero ha llegado a significar una sociedad que, por su supuesta perfección, no puede existir en ningún lugar del miserable mundo terrestre. Algunas utopías sociales están expresadas en **La República**, de Platón (427-347 a. de C.); **La Ciudad de Dios**, de Agustín (354-430); **Utopía** de Moro (1480-1535), **la Nueva Atlántida**, de Bacon (1561-1626); y **La Ciudad del Sol**, de Campanella (1568-1639).

En el Siglo XIX surgieron nuevas concepciones utópicas de la sociedad. En particular, estas concepciones insistían en suprimir la propiedad privada de los medios de producción. La propiedad era la causa de todos los males humanos concebibles. No faltó algún soñador que, en su delirio demencial por la sociedad perfecta y la felicidad humana, dijese que la propiedad privada era un robo. Sin propiedad privada, y con bienes cuya propiedad sería común a todos los miembros de la sociedad, la humanidad conocería auroras insospechadas de esperanza, maravillosas épocas de prosperidad, y emocionantes paraísos de felicidad. Ese fue el sueño de Saint Simón (1760-1825), Fourier (1772-1837) y Blanc (1811-1882), cuyo socialismo era considerado utópico.

Karl Marx (1818-1883) aceptó sin discusión alguna la suposición utopista de que la sociedad perfecta y la más pura felicidad humana sólo podía 'lograrse si se suprimía la propiedad privada de los medios de producción. Sin embargo, pretendió haber concebido un «socialismo científico», que opuso al socialismo utopista, de manera similar a como la realidad se opone a la ficción. Ese socialismo era «científico» porque supuestamente se fundamentaba en la ciencia natural, la economía política y la historia. El «socialismo científico» le daría «a cada quien, según sus necesidades, y no según su trabajo». Marx, auxiliado por su amigo Federico Engels (1820-1895), logró provocar la impresión de que sus concepciones de la sociedad y de la historia eran un fruto primoroso, no del delirio utopista o de la fantasía desesperada de los frustrados benefactores del género humano, sino fruto precioso del conocimiento racional generado por la ciencia. La obra principal de Marx, «El Capital», pretendía ser un monumento científico similar a «Principios Matemáticos de Filosofía Natural», de Isaac Newton, o «Una Investigación sobre la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones», de Adam Smith, o «El Origen de las Especies», de Charles Darwin.

A principios de siglo, una parte del mundo fue escenario de intentos colosales de realización del ideal marxista. Este fue el caso, por ejemplo, de Rusia y de China. Y de todos los países que intentaron alcanzar ese ideal, la mayoría abandonaron ese intento. El «socialismo científico» resultó ser poco científico y muy utópico. Por experiencia histórica, y no por teoría pura, ahora por lo menos sabemos cuál es la dirección equivocada. Aún así, todavía hay socialistas. En verdad, parecen una especie inextinguible. Esos socialistas son, en general, herederos de las obsoletas y a veces demenciales fantasías de los utopistas del Siglo XIX, incluido Karl Marx; y aunque han tenido que reconocer el fracaso del socialismo, aducen que sólo fracasó el «socialismo real». Con ello quieren decir que el socialismo conserva su validez teórica y que, por consiguiente, sólo ha fracasado la ejecución del proyecto. Ignoramos

cuántas veces tiene que ser ensayada la ejecución del proyecto. Esperamos que no se nos proponga una serie infinita de ensayos.

El hecho indiscutible es que, hasta ahora, el «socialismo científico»; aquel socialismo que, por no ser utópico, sino un producto de la ciencia debió haber tenido éxito, ha fracasado absolutamente. Con ello quiero decir que las sociedades que suprimieron la propiedad privada de los medios de producción no pudieron ni aún modestamente aproximarse al ideal que pretendían realizar, que consistía en darle «a cada quien, según sus necesidades, y no su trabajo». El socialismo multiplicó las necesidades y multiplicó el trabajo, y no le dio a nadie, ni según esas necesidades, ni según su trabajo. No quiero decir que los dirigentes socialistas no hayan tenido magníficas intenciones. Quiero decir que se equivocaron, de la misma manera que se equivoca quien quiere utilizar un martillo para cortar madera.

Las concepciones utópicas de la sociedad, incluida la de Karl Marx, pretendieron inventar la sociedad. Con esto quiero decir que el autor de la utopía imaginaba cómo debe ser la sociedad perfecta. No es que la humanidad tuviese que aprobar la propuesta del utopista, sino que debía someterse a ella, de una forma u otra. Desde luego, si el utopista no pretende realizar su utopía, no hay motivo alguno para temer al sometimiento. En este sentido, cada quien puede diseñar su propia utopía, y competir por la exhibición de fantasía o imaginación. Empero, cuando el utopista pretende realizar su proyecto, y tiene el poder para tal propósito, el sometimiento no es ya una simple posibilidad, sino una realidad capaz de generar insospechadas tragedias históricas. En la disuelta Unión de Repúblicas Socialistas, sometió a los ciudadanos a grados de represión que nunca había conocido la humanidad. Podría afirmarse que, durante el presente siglo, el intento por imponer la utopía socialista fue la ocasión para que la humanidad conociera novedosas versiones de la represión, de la tiranía, del despotismo y de la opresión. En verdad, los países que han sufrido la imposibilidad del socialismo han estado sometidos a formas de servidumbres peores que las que conocieron los esclavos en las sociedades antiguas, o los vasallos en las sociedades del medioevo.

Yo reconozco que una sociedad en la que haya un mercado perfectamente libre es una utopía, en el sentido de que es un ideal hacia el cual ha de tender la economía. Empero, mientras otras utopías han sido invenciones, la utopía del mercado libre ha sido un descubrimiento. Con el fin de explicar esta tesis, permítaseme recordar que hay una cierta oposición entre inventar y descubrir. Inventar implica crear algo que no existe. En ese sentido se inventó el transistor, o se inventó la fórmula del café soluble. No existía el transistor ni el café soluble. Descubrir implica conocer algo que ya existe. Ese sentido se descubrió la ley de la gravitación universal, o se descubrió el planeta Plutón. Tan absurdo es afirmar que el transistor fue descubierto, como es afirmar que la fuerza de gravedad fue inventada.

El socialismo es una invención. Lo que inventa el socialismo es una conducta, que los seres humanos tendrían que adoptar para que funcione la sociedad socialista. Por ejemplo, la eficiencia económica no ha de depender de la competencia empresarial. El

salario no ha de depender de la productividad del trabajador. El intercambio de bienes y servicios no ha de depender de la libre oferta y demanda. La distribución de la riqueza no ha de depender de la producción. La cuestión esencial, sin embargo, no consiste solamente en el hecho simple de que el socialismo es una utopía inventada. Hay invenciones útiles, como el transistor. Empero, las utopías socialistas han demostrado ser invenciones ineficaces, es decir, los medios que proponen no son idóneos para lograr los fines que pretenden lograr.

La utopía del mercado es un descubrimiento porque si los seres humanos están sujetos únicamente a normas generales, que limitan la libertad de cada uno para que sea posible la libertad de todos, surge el libre mercado. En este caso, nadie ha inventado conducta alguna, sino que lo que es meramente potencial, como la voluntad de intercambiar, se convierte en actual, como es el proceso efectivo del intercambio. Ciertamente no se puede afirmar que lo que tiende a ocurrir cuando hay ausencia de coacción necesariamente es lo mejor; pero menos aún puede afirmarse que lo mejor es aquello que inventa cualquier utopista. Y podemos tener la certeza de que, si los seres humanos actúan únicamente en función de normas generales para la convivencia social, jamás surgirá el socialismo, precisamente porque es una invención ineficaz. El mercado es producto de la libertad, mientras que el socialismo es producto de la imposición. El Estado nunca interviene para promover el mercado, sino para impedir que haya mercado. ¿Cuándo hemos observado que el Estado interviene para obligar a los seres humanos a que intercambien bienes libremente? Más bien hemos, observado que el Estado interviene para impedir ese libre intercambio

La experiencia histórica ha demostrado que las sociedades que más se aproximan a la utopía del mercado perfectamente libre, logran un mayor bienestar que aquéllas que más se alejan de él. El mercado perfectamente libre es, de esta manera, una utopía útil. Ella indica cuál es aquello que es mejor y, por consiguiente, aquello que hay que intentar alcanzar, aunque jamás se alcance. Podrá no haber, por ejemplo, un comercio mundial perfectamente libre. Ello no significa que el comercio libre no sería más beneficioso para el mundo que el comercio no libre. Y hasta las naciones que se involucran en disputas comerciales, causadas por la imposición de obstáculos al comercio exterior, no suelen atacar el libre comercio, sino que más bien se acusan recíprocamente de impedir tal comercio. La línea pura, la línea ideal que supone la geometría, es también una utopía útil para el progreso de la ciencia matemática. Y quien, en una demostración geométrica en la que intervienen líneas rectas, intenta trazar estas líneas de la manera más próxima posible a la recta ideal, se muestra más sensato que aquél que intenta trazarlas tan torcidas como lo permite su intencionada torpeza.

Aparentemente he discurrido sobre cuestiones puramente teóricas. No parece muy interesante afirmar que el mercado perfectamente libre es una utopía; que no es una utopía inventada, sino una utopía descubierta, y que es una utopía eficaz; por lo cual aproximarnos a ella es mejor que alejarnos. Permítaseme completar la exposición teórica. Quiero comenzar por afirmar que la imposibilidad de un mercado perfectamente libre ha sido convertida en pretexto para exhortar a una mayor

intervención del Estado en la economía. Es decir, so pretexto de que no se puede trazar una línea perfectamente recta, se aduce que hay que trazarla torcida. Y esta torcedura de la línea es lo que generalmente se denomina «corrección» de las imperfecciones del mercado. Y ello es motivo para que la burocracia y la tecnocracia gubernamental quieran «regular» el mercado, es decir, es motivo para que ellos quieran indicar de qué modo hay que torcer el trazo de línea. Supuestamente, por ejemplo, es una imperfección del mercado la tendencia al surgimiento de monopolios, o productores únicos de bienes y servicios. Supuestamente, nunca debe haber un sólo vendedor de bienes y servicios. Sin embargo, los únicos monopolios que son social y económicamente lesivos son los que, por decreto, impone el Estado. No es importante que haya sólo un productor, de determinados bienes y servicios. Quien ha inventado un nuevo producto, y se propone venderlo, en algún momento tiene que ser el único vendedor de ese producto. Lo importante es que el Estado no prohíba que surjan competidores. Hasta se puede admitir que la presencia de un solo vendedor de una imperfección del mercado; pero no será el Estado el que ha de corregir tal imperfección; pues sólo del mercado mismo puede brotar el supuesto proceso correctivo, que en este caso es el surgimiento de competidores. Para corregir sus propias imperfecciones, el mercado es infinitamente más sabio que cualquier gobernante, o que cualquier tecnócrata, o que cualquier burócrata. La corrección estatal del mercado equivale a la corrupción del mercado.

El mercado libre es una utopía útil, especialmente para los más pobres. Y es así porque la mayor aproximación al mercado perfectamente libre es la mejor garantía de que los recursos económicos estarán utilizados con la máxima eficiencia.

Entonces la economía podrá generar recursos suficientes para que la sociedad, por medio de la actividad benefactora del Estado, pueda socorrer a los pobres. Ningún Estado puede ocuparse de los más pobres, si no hay recursos suficientes para ese propósito.

Sabemos que los individuos, los seres humanos concretos y vivientes, son la fuente primaria de las decisiones económicas. No hay algo así como un futuro prefabricado, que los pueblos tienen que buscar, como si fuese un ineludible destino. No es así, el futuro de las naciones depende de las decisiones que toman sus ciudadanos. Por ejemplo, si se toma la decisión de permitir que haya una libre competencia por ofrecer servicios de telefonía, habrá más ciudadanos que podrán tomar la decisión de invertir sus ahorros en un negocio, si se toma la decisión de permitir que haya una libre competencia por generar electricidad, transmitirla y venderla al consumidor final, habrá ciudadanos que podrán tomar la decisión de vivir mejor.

Perseguir la utopía del mercado perfectamente libre es una de las mejores decisiones que podemos tomar, para el bien de las presentes y futuras generaciones, por lo menos mientras el más puro derecho ingénito del ser humano sea la libertad, y en particular la libertad de intercambiar, que es una de las más poderosas fuerzas motrices del bienestar material.

